gais á perder vuestro tesoro." (1) Vuestra paja y vuestro estiércol son vuestras riquezas, vuestros honores, vuestros contentamientos y todo lo que la tierra puede ofreceros; vuestro trigo y vuestro tesoro, es vuestra alma y vuestra salvación. Si os tomais tantos cuidados y vigilancia por conservar esos bienes viles y perecederos, podreis dormiros cobardemente, cuando se trata de conservar estos bienes eternos, y querer en seguida pasar por sabio? Concluyamos con S. Gregorio, que esto es obrar no como un hombre dotado de razón, sino como un insensato. "Cómo es posible, añade el mismo santo doctor, que estando dotado de espíritu y de juicio, como lo estais, no veis lo que os es más ventajoso, no pensais en vuestra inmortalidad futura, no os advertís jamás el preguntaros á vos mismo lo que debeis llegar á ser un día; sino que traicionais vuestra razón, el don más bello que hayais recibido de vuestro Creador, haciéndola inútil, y entregandoos á la ociosidad y á la embriaguez de los sentidos. ¿No es una vergüenza el obrar así, no es vivir como un muchacho, y merecer justos reproches?" (2) Tales son las palabras de las que no teme servirse este santo doctor en un asunto tan importante. Véamos ahora lo que tenemos que hacer para tomar un verdadero cuidado de nuestra salvación.

1 Quoso te, si tam sollicitus es, sic nec mìnima negligis, si tam prudenter servas paleas tuas, etiam horreum tuum servare memento; imò verò non exponas thesaurum tuum, qui sic incubas sterquilinio tuo. Serm, 7, in Psalm. Qui habitat.
2 Greg-Nyss, loco supra citato.

## CAPITULO SEGUNDO.

Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual.

I. Cuán importante es conocer en qué consiste la perfección.—II. La perfección del hombre está en el alma.—III. Razón fundamental de esta verdad.—IV. Ejemplo de la Santísima Virgen.—V. Ejemplo del primer ángel y de S. Luis Gonzaga.

I. La ignorancia del punto esencial de la vida espiritual trae graves consecuencias, y puede causar grandes males. Un buen número de personas religiosas y seglares, llenas de buena voluntad, tomándose mucho trabajo, si supieran en qué consiste la vida espiritual y qué camino debe conducir á ella, harían muy grandes progresos en la virtud, adquirirían inmensos tesoros de mérito, se elevarían á un alto grado de perfección; pero, por falta de este conocimiento, pocos progresos hacen y quedan, con todo su trabajo, muy lejos del fin hácia el cual tienden. Pudiera decírseles lo que Moysés decía al pueblo de Israel: Arrojareis mucha semilla á la tierra para sembrar, y después de mucho trabajo no recogereis más que muy poco;.... plantareis viñas con el sudor de vuestra frente, las cultivareis, y cuando llegue el tiempo de cosechar las uvas, no encontrareis ahí ni un racimo, y jamás

bebereis vino de su producto (1). De la misma manera, muchos arrojan todos los días la semilla de sus oraciones, de sus limosnas, de sus ayunos y de otras buenas obras, semilla, por lo demás, buena en sí, pero no sacan de ella más que poco ó ningún fruto.

Por esto es en extremo importante el saber justamente en qué consiste la esencia de la virtud, de nuestro mérito y de nuestra perfección; porque conociéndolo bien, se podrá avanzar fácilmente, con más seguridad y reposo de espíritu, y aprovechar más en una semana, y aun en un día, lo que no se haría de otra manera en un año. Saber dónde está un tesoro, es casi haberlo encontrado; no saber en dónde está, es estar en el caso de no encontrarlo jamás. De la misma manera, si se conoce en qué consiste la verdadera virtud, el punto esencial de la perfección, esto es ya haberla adquirido en cierto modo, porque una buena voluntad, iluminada con este conocimiento, se inclinará inmediatamente hácia ese punto, hácia él dirigirá todas sus acciones; mientras que si no se le conoce, se irá á la aventura, se alejará del verdadero camino y se expondrá á no llegar jamás á su término. Por tanto, es necesario conocer su fin, si se quiere llegar á él. Es menester, como dice Aristóteles (2), que el tirador vea el blanco para apuntarle; de otro modo, entre cien tiros que tire, será raro que dé uno en el blánco, y aun este será á la

1. Sementem multam jacies in terram, et modicum congregabis;... vinean plantabis et fodies, et vinum non bibes, nec colliges ex ea quippiam. Deut., XXVIII, 38.
2 Ethic. I, cap. 2.



ventura; pero si lo ve, le será fácil pegarle, con tal que le tire con acierto. Consideremos, pues, esta grande é importante verdad.

Es una cosa cierta y reconocida, que la perfección no consiste en la pobreza, ni en el abandono de los bienes exteriores, puesto que puede uno ser despojado de estos bienes y estar al mismo tiempo muy distante de la perfección. Crates de Tébas arrojó todas sus riquezas á la mar, á fin de tener menos obstáculos para entregarse á la filosofía, no estaba por eso menos lejos de la perfeccion, puesto que era pagano, y que no pudo tener en eso verdadera y sólida virtud, sin el conocimiento del verdadero Dios. Vemos también que entre aquellos que piden limosna, hay un gran número que son imperfectos y viciosos, y tan pobres de los bienes del alma como de los del cuerpo. Si la perfección no está en la pobreza, mucho menos se encontrará en las riquezas, habiendo Nuestro Señor fulminado contra los ricos estas terribles palabras que deberían hacerlos temblar continuamente: *¡Ay! de vosotros ricos.....* (1) *es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el reino de los cielos.* El abate Tarpin ha substituido en este texto á la palabra *Camello* empleada por San Lúcas la de *Cable* indicada por algunos intérpretes. Sin embargo, parece que es preciso conservar la palabra *Camello.* Este pasaje tan difícil ha recibido recientemente una explicación verosimil y que satisface. En efecto, se lee en la "Revista del arte Cristiano:"

1 Væ vobis divitibus. Luc. VI, 24.

"Un viajero acaba de descubrir que había en Jerusalén una puerta de Aduana que se llamaba el *Ojo de la aguja;* era ella tan estrecha y tan baja, que un camello cargado de mercancías, apenas podría pasar por ella y doblando las rodillas. Desde luego se comprende la exactitud perfecta de la comparación entre el rico, obstruido con sus trenes temporales, á la entrada de los cielos, y el camello, recargado con sus equipajes, ante la puerta del "*Ojo de la aguja.*" Estas son dos dificultades que están en paralelo y no una dificultad parecida á una imposibilidad."

Es igualmente cierto que la virtud y la perfección no consisten, hablando rigurosamente, en las aflicciones y mortificaciones del cuerpo; porque de esto se seguiría que los soldados en los ejércitos, los criminales en las prisiones, los presidiarios en las galeras, los pobres en los hospitales, los enfermos en su cama, serían perfectos; lo que no es siempre, desgraciadamente. Los monjes turcos, y los bonzos de las Indias atormentan más sus cuerpos por la hambre, la sed, el calor, el frío, las cortadas sangrientas y otras muchas penitencias extraordinariamente rigurosas, que los religiosos de las órdenes más austeras de la Iglesia; y á pesar de esto, son hombres que, además de su pecado de infidelidad, se abandonan y se prostituyen vergonzosamente á toda clase de vicios y de crímenes monstruosos. Si la perfección no consiste en las austeridades del cuerpo, mucho menos consiste en los placeres, puesto que Nuestro Señor ha pronunciado esta sentencia contra los voluptuosos: *¡Ay de vosotros que no pensáis más que en reir y en entregaros al placer, porque un día llorareis, y*



*todas vuestras alegrías se convertirán en tristezas eternas!* (1) Está fuera de duda también que la perfección no se encuentra en las acciones del cuerpo, ni en cosa alguna que proceda del cuerpo; porque entonces era necesario decir que Dios y los ángeles no son perfectos, puesto que no tienen cuerpo y son espíritus puros; y sin embargo, Dios es la perfección por esencia y los ángeles son creaturas muy perfectas.

Es también cierto que la perfección, no está en una multitud de acciones que, por lo demás, siendo bien hechas, son por su naturaleza muy buenas y muy excelentes, como las limosnas, las oraciones, la recitación del oficio, la psalmódia y aun la comunión frecuente, puesto que hay un gran número de personas de ambos sexos que hacen todo esto y que no son mejores: tantos sacerdotes se acercan todos los días al santo altar y dicen la Santa Misa, quienes sin embargo no hacen progreso alguno en la santidad y en la virtud, sino más bien se alejan de ella.

II. ¿En qué, pues, consistirán la virtud y la perfección, supuesto que no consisten en alguna de estas cosas? Para comprenderlo bien, es menester recordar que el hombre es un todo compuesto de dos partes bien diferentes: la una material y por consiguiente vil y despreciable, esta es el cuerpo; la otra espiritual, inmortal, criada á la imagen de Dios, y por consiguiente, excelente y divina, esta es el alma. Ahora bien, decimos, y quisiéramos que todo el mundo lo supiera y lo comprendiera

1 Væ vobis qui ridetis nunc, quia lugebitis. et flebitis Luc. VI, 25.

bien, que, la virtud, la santidad y la perfección del hombre no consisten en el cuerpo, ni en alguna de las operaciones del cuerpo, sino en el alma y en las operaciones virtuosas del alma. Consisten: 1° En los actos interiores de las virtudes de fe, de esperanza, de religión; en las adoraciones, las bendiciones, las alabanzas, los agradecimientos, las humillaciones, los anonadamientos, y, sobre todo, en los actos de la virtud de la caridad. 2° La perfección consiste en hacer todas sus acciones con intenciones muy nobles y muy perfectas. 3° Puesto que no somos espíritus puros, como los ángeles, sino que tenemos cuerpo, con el cual podemos glorificar á Dios ú ofenderle, se sigue que la virtud y la perfeccion consisten en hacer las acciones del cuerpo por el movimiento del espíritu, y en acompañar con sentimiento interior todo lo que es exterior. Hé aquí en qué consiste la excelencia del hombre y cuál es el verdadero punto de la vida espiritual. Es menester hacer estas tres cosas, y hacerlas de una manera elevada y sublime, como lo desarrollaremos en la continuación de esta obra.

El Espíritu Santo nos enseña claramente estas verdades en el salmo XLIV°, en el cual el profeta real, describiendo la unión espiritual de Nuestro Señor y del alma justa, dice: realzando con los colores más vivos las bellezas y las perfecciones de este esposo y de esta esposa: *Toda la gloria de la hija del Rey es interior* (1). Quiere hacernos entender por estas palabras, que toda la belleza, toda la bondad, todo cuanto hay de rico y precioso en

1 Omnis gloria filia regis ab intùs. S. Aug. S. Hier.—Intrínsecùs. Ps. XLIV, 14.



esta noble esposa del Hijo de Dios, todo, y no solamente una parte, está adentro, en su interior, en su espíritu, en sus pensamientos, como lo explica un texto griego, y en las operaciones de su alma; y que, si hay alguna belleza, alguna bondad en las acciones exteriores, en la pobreza, por ejemplo, los sufrimientos, ó cualquiera otra acción, es preciso necesariamente que esta belleza y esta bondad emanen del interior, como el rayo emana del sol; y que el alma debe conferírselas. Santo Tomás (1) San Buenaventura (2) y los demás teólogos nos enseñan, después de la Sagrada Escritura, que la bondad ó la malicia de la acción exterior, que merezca de Dios ó la recompensa, ó el castigo, procede únicamente de la voluntad.

III. Y, en efecto, puesto que la libertad del hombre reside esencial y formalmente en su alma y en su voluntad, es preciso necesariamente que la virtud, la santidad y el mérito del hombre tomen allí también nacimiento y den vida á las cosas exteriores, si se quiere que sean buenas, santas y meritorias. En el orden de la naturaleza, la perfección natural del hombre no consiste en su cuerpo, sino en su alma, que es de una naturaleza incomparablemente más noble. El cuerpo no tiene excelencia sino en tanto que la recibe del alma que lo anima, sin el alma estaría sin belleza, sin fuerza, sin movimiento y sin vida; del mismo modo, en el orden de la gracia debemos mirar como fuera de duda que la perfección sobrenatural del hombre reside en el alma, como en su centro, y que todas las

1 S. Thom. 1, 2, quest. 20. a. 4.
2 I. Bonav. in 2. dist 42.

acciones del cuerpo, cualesquiera que ellas sean, no tienen fuerza y perfección, sino en tanto que están animadas, vivificadas y perfeccionadas por las buenas intenciones que proceden del alma, sin la cual serían un cuerpo muerto, sin espíritu y sin vida.

Acabemos de explicar esta verdad por una comparación muy clara y sencilla.

Supongamos á dos hombres en gracia con Dios, haciendo al mismo tiempo la misma limosna á un mismo pobre que se presenta á ellos; el primero con una intención pura y elevada, y el otro sin intención alguna; estas dos limosnas son perfectamente las mismas, si se considera solamente la acción exterior: es la misma cantidad, es dada al mismo tiempo al mismo pobre: y sin embargo, estas dos limosnas son muy diferentes en cuanto al mérito. La limosna del primero es buena, agradable á Dios y meritoria para la vida eterna; la del segundo no es ni buena ni mala, y no merece recompensa alguna. ¿Por qué una igualdad tan grande en la acción exterior, y una desigualdad tan grande en el mérito y en el valor? Depende solamente de que el hombre sensato hace jugar un resorte secreto en su alma, la buena intención, que dá á su limosna todo el precio, y todo el mérito; mientras que el otro, por haber descuidado el hacer mover ese resorte, queda delante de Dios sin virtud y sin mérito. Este ejemplo debe mostrar á todo el mundo que la excelencia, la virtud y la perfección del hombre no vienen del cuerpo y de lo exterior, sino del alma y de lo interior; sin embargo, para establecer aún todavía mejor esta verdad, sirvámonos de dos ejemplos muy manifiestos.



IV. Maria, la más noble y la más acabada de todas las puras criaturas, nos suministrará el primer ejemplo. Algunos grandes teólogos aseguran y prueban con buenas razones, (1) que esta reina incomparable ha tenido ella sóla más gracias, mientras estuvo en la tierra, y que ella tiene ahora más gloria en el cielo, que no han tenido ni tendrán jamás todos los elegidos juntos; de suerte que si se pusieran en una balanza, de un lado, todas las riquezas que posee ese tesoro de maravillas, y del otro, todos aquellos de que gozarán los ángeles y los santos, es cierto que la Santísima Virgen aventajaría á todos los ángeles y los santos, según esta palabra del Sabio: *Muchas hijas*, es decir, todos los elegidos, *han reunido grandes tesoros y riquezas* espirituales, de gracia y de gloria, *pero vos* habeis reunido más, y *habeis aventajado á todas.* (2)

Y esto no sorprende, puesto que ellos no son más que súbditos y vos sois su reina; ellos no son más que simples servidores de Dios, y vos sois su digna madre. Esto supuesto, y lo creemos verdadero, decimos que, teniendo en consideración á la multitud casi innumerable de ángeles y de santos, y al poco tiempo que Maria ha vivido sobre la tierra, puesto que no ha permanecido en ella más de sesenta y tres años, y á las acciones que ha hecho, es preciso que tenga ella más mérito por la más pequeña de sus acciones, manejando simple-

1 Suares in III p. 1, 2, disp. 18, sect. 4. Conclus. 2. Salazar in cap. Proverb. 31 v. 29 et alii.

2 Multo filio congregaverunt divitias, tu supergressa es universas. Prov. XXXI, 29.

mente su huso, por ejemplo, que un gran santo en toda su vida. ¿De donde podía venir un mérito tan prodigioso? Es claro que esto no es por haber manejado un huso, porque esta acción nada tiene en sí de elevado, sino que viene de la excelencia de los actos interiores de virtud que ella hacía, y de la pureza de intenciones que la hacían obrar, y estas intenciones, juntas á la eminente dignidad de su persona, enaltecían y ennoblecían extraordinariamente esta acción exterior, naturalmente pequeña y de poco valor por sí misma. Así se dice de ella en los probervios: Hace acciones fuertes, generosas y memorables; (1) y el Sabio explica inmediatamente cuáles eran estas acciones: *Ella ha tomado*, dice, *su huso para hilar*. (2) Ved aquí cuáles han sido estas acciones grandes y señaladas: grandes, no en sí mismas puesto que son naturalmente pequeñas, sino grandes y muy grandes por la excelencia de los actos del alma y la nobleza de motivos con que ella las animaba.

V. Sacamos el segundo ejemplo del primero y más perfecto de los ángeles, en el que es preciso considerar tres cosas: la primera, que él es, según la opinión de algunos, (3) el más elevado en gloria de todos los bienaventurados, después de la Santísima Virgen, ó á lo menos, según el consentimiento de todos, uno de los más elevados; la segunda, que él posee toda esta gloria á título de recompensa, de lo cual es preciso concluir que la ha merecido, puesto que la recompensa supone mérito; la tercera, que la ha adquirido, como lo aseguran todos, en muy poco tiempo, en menos de un cuarto de hora.

1 Manum suam misit ad fortia, I. bid XXXI, 19.
2 Digiti ejus apprehenderunt fusum. ibid.
3 S. Thom. de ang. tract, 16. disp 3.



Siendo esto verdadero, preguntamos ahora: ¿Qué ha hecho, pues, para ganar en tan poco tiempo bienes tan inmensos; y por qué grados ha subido tan pronto á la cumbre de gloria, que muchos grandes Santos no conseguirían después de ochenta ó cien años de vida? No puede decirse que fue por alguna acción corporal, puesto que no tiene cuerpo; por qué, pues? Es indudable que fué por los actos de fe, de esperanza, de amor de Dios, por las adoraciones, los homenajes, las alabanzas y los demás actos interiores hechos de la manera más noble y más sublime, juntos á lo que la excelencia de su persona podía además añadirles, por lo que ha sido elevado sobre todos ó de casi todos los ángeles y santos, y por lo que está sentado en los primeros rangos del reino de los Cielos.

Añadiremos á estos dos ejemplos un rasgo muy notable y muy auténtico, sacado de la vida de S. Luis Gonzaga, religioso de nuestra Compañía. (1) Se dice en la vida de la bienaventurada Maria Magdalena de Pazzi, que esta santa religiosa vió un día al bienaventurado Luis dotado de una belleza tan rara, y resplandeciente de gloria tan admirable, que deslumbrada por sus rayos y conmovida por una admiración extraordinaria, exclamó, con palabras entrecortadas: Oh! qué gloria la de Luis, hijo de Ignacio! jamás lo hubiera yo creído si mi Señor Jesús no me lo hubiese mostrado. Me parece, en cierto modo, que no debe haber en el

1 Parte 1ª de su vida, Cap. LXIX.

cielo una belleza y una grandeza comparables á las que veo en este gran santo; quisiera yo poder ir por todo el mundo, y decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo, y hacer ver á cada uno la eminencia de su gloria, á fin de que Dios fuera glorificado por eso. Y después de haber prorrumpido en alabanzas semejantes, queriendo marcar la causa de la elevación prodigiosa de Luis, dice: Goza de tanta gloria, porque trabajaba en su interior; y añade: ¿Quién pudiera contar el mérito y fuerza de los actos interiores de virtud? (1) No puede haber comparación alguna entre el interior y el exterior.

A pesar de lo que acabamos de decir, no se puede negar, digan lo que quieran algunos, que aun cuando la fuerza, el mérito y la excelencia de la acción exterior tomen su origen en el movimiento interior del alma, sin embargo, la dificultad, la cantidad, la cualidad, y las demás circunstancias de la acción exterior, le aumentan en cierto modo el mérito: así, aquel que ayuna y se alimenta frugalmente, pudiendo vivir con delicadeza, aventajará á aquel que no ayuna ó que se alimenta de viandas exquisitas, aun cuando los dos estén en el mismo grado de gracias y que obren con intenciones igualmente perfectas, porque la dificultad es más grande. Así mismo, por ejemplo, aun cuando el alma sea el verdadero manantial de la belleza y agradabilidad de todo el cuerpo, sin embargo, la belleza del rostro es más grande que la

1 Esta visión ha sido aprobada y confirmada por acta pública en presencia y por mandato del Arzobispo de Florenciu, el 15 de Abril 1606.



de la mano, no á causa del alma, puesto que ella se comunica toda entera á la mano como al rostro, sino á causa de la diferencia natural que se encuentra en la belleza de estas dos partes del cuerpo; del mismo modo también, aunque sea la misma intención la que anime y vivifique el ayuno y la acción de comer, el uno, sin embargo, es más meritorio que la otra, porque es en sí mismo más penoso.

# I

## Pocas personas merecen mucho.

I. Pocas personas obran por motivos interiores.—Estudio de las personas verdaderamente espirituales.

I. Se infiere de lo que acabamos de decir, que hay pocas personas que merecen mucho, porque hay también pocas que obren por motivos interiores; la mayor parte de los hombres hacen sus acciones sin pensar en ellas, por costumbre y á más no poder. *No encuentro vuestras obras llenas delante de mi Dios*, (1) decía el ángel del Apocalipsis al obispo de Sardo. Hay obras llenas ante los hombres y obras llenas ante Dios: ayunar, hacer oración, dar limosna y otras cosas semejan-

1 Non invenio opera tua plena coram Dei meo. Apoc, III, 2.

tes, son obras llenas ante los hombres. En efecto, cuanto se ve hacerlas á cualquiera, sobre todo, si son muy repetidas, no teme uno decir del que las hace, que es un hombre de bien; lo que muestra que esas obras atraen la estima y la consideración de los hombres; pero no es lo mismo ante Dios; porque muy lejos de ser llenas, están vacías de todo mérito si no proceden del espíritu interior, y si no están animadas por intenciones buenas. Por esto el obispo de Sardo que obraba de esa manera, predicando, confesando, ordenando, haciendo limosnas, llenando los demás deberes de su cargo por hábito y por un movimiento puramente natural, sin alguna aplicación de espíritu, no tenía sus obras llenas ante Dios, como se lo dijo el ángel.

Oh! cuántas personas hay de todas condiciones á quienes se les pudiera dirigir también justamente el mismo reproche! Sus obras no son llenas sino ante los hombres; pero son vacías ante Dios, porque nada de interior hay en ellas, no tienen alma; su acción no es tan solo exterior y aparente, y en el interior todo está vacío; y, por consiguiente, aun cuando ellas trabajen años enteros y se tomen mucha molestia, muy poco ó nada ganan; porque los sacrificios que Dios pide, son *sacrificios llenos de médula* (1). Este es un punto de una importancia tan grande que las personas espirituales deben poner en él una seria atención, y acordarse siempre de esta grande advertencia, que Dios nos da por el profeta Ageo: Hé aquí lo que dice el Dios de los ejércitos: *considerad atentamente vuestros ca-*

1 Holocausta medullata. Psal., LXV, 15.



*minos*, ved de qué manera avanzais en la vida espiritual como os conducís en ella, y vereis que *habeis sembrado mucho y habeis recogido poco, habeis comido y no habeis quedado satisfechos; habeis bebido y no habeis apagado vuestra sed; os habeis cubierto, y no habeis podido calentaros; habeis obrado como aquel que arrojara oro y piedras preciosas en un saco roto;* (1) es decir habeis hecho muchas buenas obras, muchas limosnas, oraciones, comuniones, ejercicios de piedad, y los habeis hecho sin fruto, porque los habeis hecho sin espíritu interior, sin designio, ó con una deplorable irreflexion. Por esto, considerad atentamente de qué manera caminais en las vías de la piedad, cuál es el motivo que os impulsa, á fin de poner orden en ello: *Vigilad sobre vosotros mismos* dice S. Juan; tened siempre los ojos abiertos sobre vuestras acciones, *por temor de que no perdais el fruto de vuestros trabajos*, y que no os priveis de la recompensa que esas acciones merecerían si estuvieran bien hechas (2).

II. Las personas verdaderamente espirituales difieren de las que no lo son mas que en apariencia, en que ellas se dedican con aplicacion particularmente á hacer todo por el movimiento del espíritu interior. La parábola de las Vírgenes con sus lámparas nos muestra claramente esta ver-

1 Hoc dicit Dominus exercituum: Ponite corda vestra super vias vestras. Seminastis multum, et intulistis parùm; comedistis, et non estis satiati: bibistis, et non estis inebriati: operuistis vos, et non estis calefacti, et qui mercedes congregarit, misit eas in sacculum pertusum. Agg. 1, 5 et 6.

2 Videte vosmetipsos, ne perdatis quæ operati estis, sed ut mercedem plenam accipiatis Joan, Ep. II, 8.

004522

dad (1); eran diez, cinco prudentes y cinco necias, La diferencia que existía entre ellas no era porque solo las prudentes eran vírgenes y fueran con sus lámparas á encontrar al esposo; las necias tenían todas estas ventajas: todas eran vírgenes. tenían su lámpara en la mano, iban todas á recibir al esposo y á la esposa; pero las prudentes habían puesto aceite en sus lámparas, mientras que las necias lo habían olvidado. Lo mismo sucede con las personas que se conducen prudentemente en el negocio de la salvación, mientras que otras obran neciamente y con aturdimiento. En cada orden hay religiosos sabios y prudentes, y hay también inconstantes é imprudentes; la diferencia que existe entre ellos no proviene de las cosas esteriores; porque habitan la misma casa, se nutren con los mismos alimentos, visten el mismo hábito, se levantan, se acuestan y hacen oración á la misma hora; ayunan los mismos días, tienen la misma regla; en fin, las acciones exteriores son perfectamente las mismas: mas ella proviene de que los prudentes y sabios ponen en sus lámparas, es decir, en sus oraciones exteriores, aceite, que es el espíritu interior, las buenas intenciones, los santos afectos; mientras que los imprudentes nada de eso ponen, sino que obran por rutina y sin reflexión. Por esto Nuestro Señor les dirá el día del juicio, como á las vírgenes necias: No os conozco (2); sé bien que habeis ayunado que habeis velado y cumplido los demás ejercicios de la religión; pero yo no conozco, no puedo aprobar ni á vosotros ni á vuestras obras; no es por mí por quien las habeis hecho puesto que no habeis tenido intención en ellas y no han estado animadas de algún motivo bueno; así no seré quien os dará la recompensa; buscad quien os la dé.

1 Matth. XXV, 1.
2 Nescio vos. Matth XXV, 12.



Hé aquí lo que distingue á los religiosos prudentes y á los religiosos imprudentes. y en general, á los que marchan en el recto sendero de la devoción y los que se alejan de él.

Esto es también lo que debe servirnos de regla para medir nuestro mayor o menor avance en la perfección. Se encuentra generalmente una gran desigualdad de virtud, sea entre los seglares, sea entre los religiosos. En una misma casa, habrá allí veinte, treinta, cincuenta religiosos: á considerarlos exteriormente. parecen todos obrar de la misma manera; pero si se penetra en el interior, se encuentra una diferencia muy grande. Sucede con ellos como con los astros: levantad los ojos al cielo, considerad el firmamento y las estrellas que brillan en él; están todas fijadas en el mismo cielo, describen todos los días el mismo círculo. y sin embargo, no son igualmente grandes y luminosas, no tienen la misma rapidez; entre ellas hay de la primera, de la segunda, y aun de la tercera magnitud, hasta aquellas que nombran nebulosas que parecen tan pequeñas á nuestros ojos, que apenas puede uno distinguirlas. Las que están entre los trópicos recorren su órbita con una rapidez extraordinaria, mientras que las cercanas á los polos van muy lentamente, si se las compara con aquellas. Del mismo modo en el cielo de la religión, en una misma familia, habrá ahí varios religiosos empleados en los mismos oficios, pasando los

días y las noches en los mismos ejercicios, y sin embargo, delante de Dios estarán en grados de perfección muy diferentes; unos son mucho más luminosos, recorren el círculo de la perfección con rapidez mucho mayor que los otros. Sucede frecuentemente aun que los que hacen menos progresos, pasan á los ojos de los hómbres como os que hacen más, porque se agitan y se mueven mucho en lo exterior. Así es como á nuestros débiles ojos los pájaros parecen que van mucho mas pronto que el sol; mientras que este astro recorre más espacio en una hora que los pájaros no podrían recorrer durante muchos años, cualquiera que sea su velocidad. El mérito no consiste en ir pronto ni en hacer mucho por de fuera á los ojos de los hombres, sino en obrar bien en lo interior. Los obreros de quienes habla San Mateo, que fueron enviados á la viña del padre de familia, recibieron todos la misma recompensa, aun cuando hubo una diferencia grande en el trabajo; y aun los que habían llegado los últimos, y que, por consiguiente, habían trabajado mucho menos, y se habían molestado menos, fueron pagados antes que los otros, antes que esos mismos que habían llegado primero y que habían soportado el peso del día y del calor. El verdadero punto del negocio de la salvación no consiste por tanto en remover los brazos, antes bien en remover el corazón y en obrar por el movimiento del espíritu interior.



# II

I. Ciencia de los santos.—II. Obran á imitación de Jesucristo.—III. Es necesario servir á Dios en espíritu y en verdad.—IV. La práctica de la virtud es llamada vida espiritual.

I. Puesto que es de una importancia tan grande obrar por el movimiento del espíritu interior, y que todo depende de eso, es menester, pues, mi querido lector, que trabajeis con todo vuestro corazón, que os apliqueis séria y constantemente á adquirir esta gran ciencia, que la Santa Escritura llama ciencia de los santos, (1) porque esta es la ciencia que hace á los santos. Por esto es que el Espíritu Santo los llama en los salmos, los interiores, los ocultos. *Los malos han conjurado en su consejo* la ruina de vuestro pueblo; han formado designios inícuos contra vuestros santos, vuestros ocultos. (2) Siguiendo S. Pablo el mismo pensamiento, dice á los colosenses: *Estais muertos, y vuestra vida está oculta con Jesu-Cristo en Dios*, (3) para darnos á entender que los santos y los verdaderos cristianos llevan una vida recogi-

1 Dedit illi scientiam sanctorum, Sap., X, 10.

2 Super populum tuum malignaverunt consilium: et cogitaverunt adversùs sanctos tuos. Según el hebreo, adversùs absconditos tuos. Psalm, LXXXII, 4, Pagninus.

3 Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Coloss. III, 4.

da en sí mismos, oculta en sus corazones, aplicándose á operaciones santas y divinas, al ejercicio de los actos interiores de las virtudes, y á realizar sus acciones exteriores por la excelencia de los motivos que se proponen.

II. *In Deo*, en Dios; es decir, á imitación de Dios, que obra continuamente en el interior de sí mismo. Así como no hay proporción alguna entre las operaciones interiores que Dios produce en sí mismo, y las operaciones exteriores que produce fuera de sí, porque unas son eternas, infinitamente perfectas, y Dios mismo, como engendrar al Verbo, producir al Espíritu Santo, y las otras son temporales y de una perfección limitada, puesto que no son más que criaturas; así no hay comparación alguna entre los actos interiores de las virtudes y los actos exteriores en cuanto á su excelencia y á su nobleza.

S. Pablo añade: *Cun Christo*, *á ejemplo de Jesu-Cristo*, á causa de los excelentes actos interiores que produjo este divino Salvador: por esto Isaías lo llama un Dios escondido. (1) Y ciertamente, aquel que no hubiera considerado en Nuestro Señor más que el exterior, y sobre todo, antes del tiempo de su predicación y de sus milagros, lo hubiera tomado por un hombre vulgar; él bebía, comía, dormía y hacía todo lo demás como los otros hombres; pero si, con ojos iluminados de una luz sobrenatural, hubiera podido penetrar más adelante en el interior de Jesucristo y ver lo que hacían su alma santísima y su divinidad, ¡qué

1 Deus absconditus. Isaïe, XLV, 15.



maravillas incomprensibles no hubiera apercibido! Hubiera visto operaciones infinitamente nobles y perfectas que daban un precio y un valor infinito á todo lo que hacía exteriormente, y hasta en el movimiento más pequeño de sus dedos, una fuerza más que suficiente para salvar al mundo. Era, por tanto, verdaderamente un Dios escondido, puesto que era semejante á los demás hombres en el exterior, y tan diferente y tan elevado sobre ellos por sus actos interiores.

Así es como se esfuerzan en obrar los verdaderos discípulos de este gran maestro y de este Dios escondido; quieren, á ejemplo suyo, llegar á ser hombres interiores. En lo exterior, nada los distingue del común de los hombres; mas interiormente son muy diferentes; se encierran en sí mismos, y hacen todo lo que es exterior, aun el menor paso, la más ligera mirada, con los sentimientos interiores más sublimes y más elevados. Se parecen en esto á esos famosos Silenos de que habla Platón (1) y á las cuales comparaba Alcibiades á Sócrates: estos Silenos eran pequeñas estátuas groseramente trabajadas en lo exterior y de una materia bastante vil, pero que, al abrirlas, dejaban ver bellezas admirables, figuras de cosas sagradas resplandecientes de oro y plata, y de un trabajo exquisito. En efecto, esos hombres verdaderamente piadosos son en lo exterior como los demás, hacen las acciones comunes de la vida ordinaria; pero si pudiéramos entrar en sus corazones y ver lo que allí pasa, oh Dios, qué tesoros, qué excelencia! Nada veríamos allí de común; todo ahí es raro, ex-

1 Plat in convivio.

quisito y precioso, todo es brillante de oro; veríamos allí las inteneiones puras, los motivos sobrenaturales, por los cuales realzan las acciones más pequeñas, y engrandecen las acciones corporales más comunes. Aquellos que tienen tan sólo una devoción falsa y engañosa se parecen, al contrario, á los sepulcros revestidos de mármol, enriquecidos de piedras preciosas, y que no encierran sino podredumbre; ó á esos famosos templos del Egypto, tan ricos, tan suntuosos y de un trabajo tan perfecto, que no encerraban sino un gato, una serpiente, un cocodrilo que adoraban, y al que ofrecían sacrificios, puesto que sólo se detenían en pulir el exterior, y en hacer muchas cosas que tenían brillo y que hacían ruido; mientras que lo interior es solamente corrupción, ambición, envidia, apego á las criaturas, pasiones levantadas sobre el altar del corazón y que adoran.

III. Establezcamos, por tanto, en el corazón el fundamento de nuestra devoción, y del culto que queremos rendir á Dios. *Dios es espíritu*, decía Jesucristo á la Samaritana, enseñándole el camino recto de la vida espiritual, *y es menester que los que lo adoren, lo adoren en espíritu y en verdad:* (1) en espíritu, retirados en el templo del corazón, como dice la glosa (2), sobre cuyo altar se ofrece á éste soberano espíritu, en olor de suavidad, los sacrificios puros de la fe, de la esperanza y de la caridad, las adoraciones, los anonadamientos, las acciones de gracias y todos los actos interiores de

1 Spiritus est Deus: et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare. Joan. IV, 24.
2 Ináintimo templo cordis. Glossa.



virtud; en verdad, haciendo todas las cosas exteriores por el movimiento del espíritu interior, y arreglando de tal modo todo, que el interior acompañe siempre al exterior; que los movimientos del alma acompañen á los del cuerpo y la buena intención á la buena acción; porque no se puede adorar á la soberana y esencial verdad con la mentira. Dios nos lo prohibe expresamente en Isaías: *No me ofrezcais sacrificios vanos*, ó como traduce Cayetano, sacrificios de falsedad y de mentira (1). Esta es, sin embargo, la conducta de aquellos que hacen buenas acciones en lo exterior sin acompañarlas de la buena intención y del movimiento del corazón; se hacen culpables de una mentira de acción, puesto que sus acciones parecen buenas y agradables á Dios, y no lo son. No séamos de ese número. *La hora ha llegado*, añade Nuestro Señor á la Samaritana, *la hora ha llegado, y hemos llegado al momento en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; así los busca que le adoren* (2). Séamos de éste número, porque si no lo somos, jamás seremos verdaderamente espirituales, puesto que éste es el verdadero punto de la vida espiritual, como lo muestran las mismas palabras.

IV. Se le llama vida espiritual y no corporal, porque es una vida que está en el espíritu, que toma toda su fuerza y todo su mérito en el espíritu; se la llama también vida interior y no exterior, por-

1 Ne offeratis ultrà sacrificium frustra. Isaïe, 1, 13.—Sacrificium falsitatis, sive mendacii. Cajen.
2 Venit hora, et nunc est, quandó veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate, Nam et Pater tales quœrit, qui adorent eum. Joan IV, 23.

que se pasa en el interior en el fondo del alma, y porque por lo interior es por donde se debe comenzar, si se quieren arreglar los movimientos exteriores. Cuando la naturaleza quiere formar el cuerpo del hombre, no comienza por los cabellos, los dedos ó las extremidades; sino por las partes internas, el corazón, el hígado y las demás partes nobles, después llega poco á poco á las partes externas, las traza, las organiza y las perfecciona. Cuando un reloj está descompuesto, no basta colocar la aguja en la hora que debe señalar, sino que es menester abrirlo para volver á poner en orden los resortes; así es como, cuando uno quiere arreglar su exterior y llegar á ser un hombre espiritual y virtuoso, es menester comenzar por arreglar el espíritu y lo interior. En fin, en último análisis, acordémonos bien que no trabajando por el movimiento interior, trabajamos en vano, y que nada merecemos, hagamos lo que hagamos, y cualquiera que sea el trabajo que nos tomamos; por el contrario, obrando con este espíritu interior, ganamos tesoros inestimables y riquezas eternas por las más pequeñas acciones, y que corremos á paso de gigantes en la carrera de la salvación y en el camino de la perfección.

Por esto, querido lector mío, comenzad, con un ánimo todo nuevo, á conduciros según el espíritu; escuchad esta palabra de San Pablo: *Os lo digo*, y os lo doy como el fundamento de vuestros méritos, *conducíos* según el espíritu (1), llegad á ser un hombre interior, sed un hombre escondido, obrad en el interior de vos mismo, á fin que vuestro Padre, *que ve todo cuanto pasa en el secreto de vuestro corazón* (1), os dé la recompensa de ello. Haced que todas vuestras obras sean llenas ante Dios; ofrecedle sacrificios llenos de médula y de un jugo interior; sed un adorador tal cual él lo pide, un adorador en espíritu y en verdad. La hora ha llegado; ahora es cuando es preciso comenzar: vos lo podeis, en cualquier condición que esteis, y con mayor razón si estais en el estado religioso. Nuestro Señor lo recomendó á la Samaritana, que era una mujer pobre, ruda, aun viciosa, para mostrarnos que todos lo podemos, de cualquier sexo y condición que séamos. Estad, por tanto, invariablemente unido á esta regla, y practicad noblemente los actos interiores de fe, de esperanza, de religión y de las demás virtudes, y vivificad todas vuestras acciones exteriores por medio de grandes sentimientos interiores. Para quitaros toda excusa, os vamos á mostrar, en los capítulos siguientes, de qué modo debe hacerse, y en particular en lo que mira al amor para con Jesucristo que es la virtud primera y más grande. Comenzaremos por desarrollar los motivos que deben llevarnos á practicarlo.

1 Dico autem, spiritu ambulate. Gal., V, 19.

1 Qui videt in abscondito. Matth, VI. 6.